

PRESENTACIÓN

DISLOCAMIENTOS DE LA POESÍA LATINOAMERICANA EN LA ESCENA GLOBAL

*Luis Cárcamo-Huechante
y José Antonio Mazzotti**
Harvard University

La feliz ocurrencia de revisar el panorama poético latinoamericano más reciente en relación con la polivalente globalización provino de una serie de conversaciones no sólo entre los editores de este número especial de la RCLL, sino también entre éstos y muchos otros colegas que mantienen un interés constante por la poesía en español de las últimas dos décadas. La globalización, como una figura económica y simbólica en intensificada circulación, implica –es bien sabido– un proceso de franca y renovada hegemonía borealⁱ. A su vez, el quehacer poético, en su limitado y casi siempre opaco dominio de circulación, conlleva sujetos y textos marcados por su mínima localidad, al menos desde la vigencia ya casi superada del tono narrativo-conversacional de las décadas de 1960 hasta fines de los 70ⁱⁱ.

Si se hiciera un catastro de referencias bibliográficas en el campo crítico de la última década, probablemente el término globalización permitiría construir un hiperbólico y creciente conjunto de alusiones, títulos y autores. Y esto debido a que la globalización se ha convertido en un tópico recurrente dentro del propio ámbito de la cultura letrada de nuestros tiempos. Se ha publicado bastante sobre sus ramificaciones económicas, políticas y sociales en la escala mundial, particularmente desde las ciencias sociales, pero lo que nos parece relevante resaltar –en la apertura del presente volumen– es esa ubicuidad hegemónica del fenómeno y sus consecuencias en el propio recinto de la producción y circulación literarias. En dicho sentido, resulta pertinente reflexionar, aunque sea

brevemente, sobre esta condición hiperrepresentacional de la globalización, que la vuelve una presencia constante e invasiva en el mercado de las letras a inicios del nuevo milenio, y sobre las formas en que la poesía escrita en español, sobre todo en el subcontinente latinoamericano, enfrentan el reto y a la vez lo alimentan.

Desde una perspectiva sociohistórica, recordemos que el fenómeno globalizador no es precisamente nuevo y ha constituido un proceso de sucesivos altibajos en el transcurso de los siglosⁱⁱⁱ. Lo específico de este proceso hoy en día está dado por el incesante y vertiginoso flujo de imágenes, la velocidad de los signos, el carácter masivo del consumo simbólico y el masivo desplazamiento migratorio de sur a norte, todo ello provocado por las exigencias pauperizantes en la periferia del mercado globalizado y el efecto de los medios audiovisuales^{iv}.

En este escenario de transformaciones, el nuevo quehacer poético subsiste en circunstancias más bien precarias e insularizadas dentro del conjunto de textos y referencias literarias en la escala continental (aunque quizá no siempre al interior de sus respectivos países y sus cada vez más cuestionadas tradiciones nacionales). Si bien es cierto que *la poesía*, como artículo y sustantivo, constituye una expresión que indica, hasta gramaticalmente, una pretensión de universalidad y trascendencia, su presencia se torna aun más débil en el despliegue imperial y masivo de la era global. Al revés de la condición sobrerrepresentada de la globalización, actualmente la poesía se asocia con un circuito de alcance cada vez más limitado (al menos frente a la narrativa), lo cual da cuenta tanto de su posición en la dinámica general de los discursos letrados como de las sociedades en su conjunto.

Sin duda que la percepción sociocultural de la poesía tuvo otros relieves en el curso del siglo XX en América Latina. El marco referencial de la utopías políticas y sociales, en boga durante los 50, 60 y tempranos 70, hizo posible una (autoritaria) fe en la trascendencia y carácter modelador tanto del sujeto político como del poético. Se forjó así una correspondencia entre discurso poético y discurso utópico: poesía y política se fundían simbólicamente en el horizonte de mundos imaginados y liberadores. No por nada el narrativo-coloquialismo era el lenguaje privilegiado entre la mayor parte de los poetas orgánicos de la izquierda continental. Sin embargo, no olvidemos tampoco que la fe en la trascendencia de la poesía y del poeta como figura pública también tuvo su concentrada expresión en el último ciclo escritural de Pablo Neruda (de 1950 a 1973). Desde el *Canto general* (1950) hasta *Maremoto* (1971) se registra

una confianza redentora, sin límites –es decir, utópica– en la voz y la representación poéticas.

No obstante, esta ruta trascendentalista, expansiva, del sujeto y el lenguaje no había sido la misma en las poéticas y los textos latinoamericanos del primer tramo del siglo XX, cuando los sacudones existenciales y económico-políticos de los 20^v marcaban el tenso y complejo ingreso de las escrituras poéticas de la región al escenario internacional de las vanguardias^{vi}. Esto resulta evidente en el propio Neruda del período previo a los 40, en particular en las dos primeras *Residencias*. Asimismo, ya a inicios de la década de 1920, la producción lírica de César Vallejo registra una recurrente inestabilidad del sujeto de escritura, visible a través de los múltiples registros sociolectales, diatópicos y hasta prelingüísticos de su estilo. De hecho, en *Trilce* (1922), el poeta peruano deja entrever una sensibilidad signada por los desgarramientos de su época no sólo en el nivel temático sino en el plano de la escritura misma, en su ritmo muchas veces entrecortado y en la discontinuidad morfosintáctica del propio lenguaje. A su vez, en el mismo clima “de época”, *Altazor* (1931) de Vicente Huidobro concluye no sólo con una crisis del sujeto poético sino del discurso mismo, sintomatizando las encrucijadas de (des)articulación de la poesía en sus posibilidades genésicas y representacionales, como se puede ver en el desplazamiento del lenguaje desde sus niveles conceptuales hasta los más guturales gemidos e interjecciones, según es claro en el último canto del poema.

Ciertamente, esta fase de retorcimientos y quiebras del sujeto poético será oscurecida a partir del *Canto general* y, por qué no, de la apelación social del último Vallejo (“¡salid, niños del mundo, id a buscarla!”), que instalan, sobre pilares monumentales, una confianza utópica en la poesía y su función modeladora, una fe en su poder retórico y en su significación política. En este nivel, la voz y la representación del poeta son posibilitadas por un concepto progresivo de la historia y la conquista inevitable de la sociedad sin clases. Dentro de este marco hegemónico de referencia, las poéticas de la interrogación y la inestabilidad, como la asumida por Lezama Lima en *Muerte de Narciso* (1947), quedarían en los márgenes de una órbita poética latinoamericana circundada por fuertes sentidos de afirmación política y, como decíamos, trascendencia social. Se puede sostener también que, de una u otra manera, las posteriores rupturas retóricas y formales con la solemnidad del modelo “vático” (a partir de la antipoesía y el conversacionalismo) no implicaron necesariamente una crisis de la alianza entre poesía y utopía, o creación poética y cambio social, en la medida en que el

sentido de la historia como marcha hacia la revolución seguiría marcando el universo discursivo de los 60 y tempranos 70^{vii}. Aun en la antipoesía de Parra –el caso más frontal de ruptura con el paradigma nerudiano– subsiste la confianza en el lugar simbólico del discurso poético, como “voz de la tribu” y/o “habla” del individuo contemporáneo^{viii}.

Siguiendo la larga tradición de fe en la representación y trascendencia redentora de la poesía, tan tarde como en 1989, Octavio Paz la definía como “el antídoto de la técnica y el mercado”, en cuanto “frente a la destrucción de la naturaleza, muestra la hermandad entre los astros y las partículas, las sustancias químicas y la conciencia” y constituye “prueba viviente de la fraternidad universal”, erigiéndose de este modo como “la otra voz” (Paz 138)^{ix}. En esta visión subyace una cadena estable de identidad y correspondencia entre los componentes de una totalidad universal, donde la poesía es capaz de otorgarles una configuración armónica de representación y unidad. Esta ansiedad por reasignar una identidad autosuficiente al evento poético –la figura universalista de “la otra voz”– fracasa en momentos en que, hacia fines de los 80, ya no son la historia totalizadora ni la utopía las que hacen posibles las cadenas estables de identidad, sino que la eficacia dislocante de la imagen mediática y el mercado global se imponen como escenario y pre-texto de la vida contemporánea. En esas coordenadas, la cultura del simulacro torna problemática la apelación a grandes significados redentores para una labor poética precarizada y opacada. Los referentes se han vuelto virtualmente inciertos en el tramado abstracto y simulatorio de la nueva economía. No que la pobreza, la violencia urbana y otros males sociales hayan desaparecido con la nueva globalización (por lo contrario, se han hecho omnipresentes), sino que los mecanismos propiamente poéticos de expresión se hallan mediados por el reino de las imágenes que no apelan a un significado fuera del mismo juego de la representación. La paradoja consiste, pues, en no poder tratar de manera directa el referente periférico sin caer en una de las retóricas trascendentalistas anteriores. El fenómeno, sin embargo, no constituye necesariamente una nueva versión de un avance lineal y de superación dialéctica de la razón comunicativa, sino que puede significar (cosa terrible, como decía Vallejo) un retorno a las torremarfilesas reglas de juego en que poesía y estado, poesía y poder, acampaban en orillas opuestas.

En su análisis de los vínculos entre el mercado global y el dominio de la cultura, Fredric Jameson argumenta que “el capital en sí mismo se ha vuelto libre flotante”, separándose “del ‘contexto

concreto' de su geografía productiva". Más aún, "el dinero se ha convertido en abstracto", aunque de algún modo siempre lo fuera en "el sentido básico y primero" (142). Con anterioridad al giro establecido por los años tecnocrático-autoritarios de Thatcher y Reagan en el capitalismo avanzado y de los "ajustes estructurales" hacia "el libre mercado" en América Latina (principalmente promovidos por los neoliberales desde mediados de los 70), los signos y símbolos de la economía funcionaron en vinculación con configuraciones de territorio y lugar. Tal como sostiene el mismo Jameson, a pesar de la larga duración del impulso a la abstracción por parte del capital, "de alguna manera el dinero todavía tenía un contenido en el momento nacional –era el dinero asociado al algodón, o al trigo, o a la producción textil, o los ferrocarriles y sus símiles–" (142). Estas primeras imágenes sugieren una constelación de signos asociados a la geografía material e imaginada de las economías nacionales. En el contexto de los 30 a los 70, la ciudadanía "nacional" y/o "latinoamericana" de la poesía y la literatura en general constituyó una obsesión emblemática para las culturas identitarias del Estado-Nación y sus esporádicas geopolíticas de carácter continentalista. Obviamente, este período implicó una configuración clara de los nexos entre cultura, identidad y territorio. En palabras de Néstor García Canclini, "las culturas nacionales parecían sistemas razonables para preservar, dentro de la homogeneidad industrial, ciertas diferencias y cierto arraigo territorial, que más o menos coincidían con los espacios de producción y circulación de bienes" (*Consumidores y ciudadanos* 31).

En cambio, hoy en día, se asistiría a nueva etapa de la abstracción del capital y la cultura como resultante de "la revolución cibernética, la intensificación de las tecnologías de las comunicaciones al punto que las transferencias de capital actualmente abolen el espacio y el tiempo y pueden ser virtual e instantáneamente operadas desde una nación a otra" (Jameson 143). La "desterritorialización" de los sujetos y los signos, y la conversión de los sujetos en signos, se vuelve, en este escenario, la pauta cultural de cada día. Obviamente, no queremos implicar que los tiempos y modos de producción tradicionales hayan desaparecido. Más bien, se trata de subrayar la simultaneidad de esferas de representación, dentro de las cuales, sin embargo, la de la globalización adquiere un carácter a veces hegemónico entre las quebradas subjetividades utópicas o las promociones más recientes (y descreídas) de creadores e intelectuales. Entonces, cabe preguntarse, ¿cómo lidiar con esta intensificada abstracción de la era global? ¿Cómo construir posibles espacios y tiempos –así, en plural– de interven-

ción concreta y localizada?

La propia respuesta de teóricos como Jameson apunta a la restitución de una “conciencia crítica”, capaz de volver legible la cultura global a partir de una “cartografía cognitiva”. Con sus ecos cartesianos, de una conciencia redentora puesta sobre un podio –la del intelectual ilustrado e iluminista–, la respuesta tiende a una reconstrucción de sí que no sólo establece una verticalidad del pensar sino que se reinstala, de la misma manera que Paz con la poesía, en el juego abstracto y desterritorializador del capital global. Allí, ya sin base sociohistórica, la apelación a significados redentores –sea para la Teoría o para la Poesía, con mayúsculas– deriva en la repetición casi en pastiche de una antigua como respetable aspiración crítica.

Como fenómeno paralelo, la heterogeneidad de la producción poética hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XX ha vuelto más enfática la localidad de la escritura. Si se revisan importantes estudios críticos y antologías que incluyen la producción poética posterior a 1940, lo que asoma es una proliferación de poéticas, lenguajes y formas, generaciones, grupos e individualidades. En la introducción a su *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea*, José Olivio Jiménez registra esta heterogeneidad de la poesía que se produce en América Latina tras el cierre de los ciclos del modernismo y la vanguardia. Estos períodos fundacionales, de una u otra manera, permitieron la configuración de un canon global, como se refrenda con sólo nombrar los nombres y obras de Vallejo, Huidobro, Borges, Neruda, Paz y Lezama Lima^x. Tras este ciclo de los 20, 30 y 40, la noción de posvanguardismo caracteriza un variado y múltiple proceso, en que se vuelve complejo trazar una estrategia crítica estable de representación y clasificación, es decir, un canon, salvo el del ya consagrado coloquialismo.

A partir de los 60, y con especial énfasis hacia los 80, la heterogeneidad de poéticas en juego pone en escena prácticas escriturales que podrían afiliarse con variadas tendencias (por ejemplo, anti-poesía, conversacionalismo, nadaísmo, exteriorismo, neobarroco y, posteriormente, “neobarroso”, poesía feminista, poesía “gay”, lumpenpoesía, “cloaquización”) hasta innumerables y valiosos registros de aliento individual que simplemente se repliegan en su singularidad^{xi}. Y esto, por cierto, sin nombrar los sistemas paralelos de la poesía en lenguas indígenas ni los registros orales de circulación del castellano popular, marcadamente diferente según las normas léxicas y prosódicas de cada región y hasta microrregión.

En los inicios de un nuevo milenio, pensar en un proceso variado de producciones poéticas posibilita activar un pensamiento local

y a la vez global de la diversidad. Sin duda que este concepto de lo diverso merece subrayarse en el escenario de una era “mass-mediática” y libremercadista que ha estado marcada por fuerzas homogeneizadoras. Se puede afirmar que la dispersión y la variedad de los registros poéticos se ha acentuado desde los años 80 en adelante, precisamente al mismo tiempo que se ha intensificado el expansionismo del capital transnacional y global. Desde nuestra perspectiva, esta diversidad de poéticas constituye un potencial epistemológico que permite, de un modo históricamente situado, imaginar e instalar signos y flujos heterogéneos^{xii}.

En este sentido, el presente conjunto de artículos establece reflexiones a partir de una multiplicidad de registros poéticos acontecidos en las últimas décadas del siglo XX y en los inicios del presente. En dicha constelación de textos y poéticas, se dejan entrever variadas localizaciones urbanas, ecológicas, generico-sexuales, étnicas, estéticas y culturales en un sentido más extenso. Esto, obviamente, invita a construir una mirada crítica más atenta a dichas marcas de diferenciación y singularización de las respectivas escrituras. De allí que también sugiere establecer una nueva relación con el canon y representación de la poesía latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, para examinar con otros lentes (desde las categorías de raza, género y migrancia, por ejemplo) hacia sus modernismos, sus vanguardias y sus posvanguardias, y ya no *el* modernismo, *la* vanguardia o *la* posvanguardia. Pluralizar y localizar dichos procesos también es una reformulación de enfoque posibilitada por la tensión de lo global y lo local, lo universal y lo particular, lo abstracto y lo concreto de estos tiempos^{xiii}.

A partir de esta mirada menos monumentalizadora y más *situada*, es posible valorar la localidad del evento poético en su textualización y en su recepción. Si la dinámica del capital global ha acentuado la abstracción, en tanto desmaterialización, desrealización y desterritorialización de los signos, el poema ofrece la posibilidad de una experiencia con el texto como cuerpo, como materialidad. Asimismo, la experiencia de escribir o leer poesía implica un juego cruzado e interactivo entre el cuerpo del texto y el cuerpo del sujeto que lee: cuerpos que, a su vez, conllevan experiencias singularizadas y localizadas. En esta línea, resulta provocativo el planteamiento formulado por Susan Stewart, en *Poetry and the Fate of the Senses*, en el sentido de plantear que “el cuerpo histórico de las formas poéticas es más y más un archivo de las experiencias sensoriales perdidas” (132)^{xiv}.

Por eso, la experiencia de la creación y recepción de un texto poético conlleva una inmersión en la especificidad del lenguaje. En

una cultura de la imagen veloz y “des-anclada” territorialmente, las formas poéticas invitan a operar con texturas donde cobran significación los mínimos detalles. En dicha singularidad acentuada, en tiempos de abstracción y globalismo, el texto poético acontece como conjunto de gestos, muecas y guiños de un cuerpo lingüístico y social que lucha por subrayar su particular historia. Por cierto, se trata de una lucha inestable y contradictoria por la diferenciación y localización crítica, teniendo en cuenta los modos hegemónicos en que se subsumen las diferencias dentro del juego híbrido del capital multinacional y transnacional: lo local, lo digresivo, lo “otro”, se transforma también en signo funcional dentro del mercado global de las diferencias. La posibilidad de leer y significar lo local en los textos poéticos nos demanda una batalla crítica por situar diferenciadamente los objetos y sujetos de interrogación y, de esta manera, formular perspectivas más tópicas que utópicas.

Por último, no puede ignorarse el hecho de que la poesía se relocaliza creativamente en las redes virtuales de carácter transnacional y global. De hecho, durante la última década, ha sido impresionante el creciente número de poemas, antologías y artículos críticos de poesía que se han instalado en la *Internet*. Este reubicamiento de la producción, circulación y consumo poéticos tiende a poner de relieve las formas en juego, en especial cuando no sólo se visualizan fijamente, sino que los poemas se acoplan con sonidos de la naturaleza o la ciudad, música, voz e imágenes cambiantes (o “slide shows”). Las localidades y diferencias de los lenguajes poéticos desbordan sus ámbitos “nacionales” de recepción y se reinscriben en el circuito global de los signos. Lo que ocurre en la cultura de la red es que se conforman nuevas identificaciones y afiliaciones contingentes de poetas, poéticas y textos (revistas electrónicas, antologías virtuales, manifiestos cibernéticos, páginas *web* personales para los nuevos poetas, etc.). Esto posibilita imaginar aquello que García Canclini ha concebido como procesos de “globalización tangencial”, en que entran en contacto textos y poetas de diferentes localizaciones, cuestión que siempre había sido una promesa sin forma en los discursos de lo latinoamericano durante la primera modernización. Las tramas espaciales y temporales de los textos de poesía sugieren estas localidades y diferencias que, en sus complejas, aunque minúsculas, singularidades, activan dislocaciones y, al mismo tiempo, nuevas formas de vinculación transnacional en la vastedad hegemónica de la globalización.

Con este volumen no se pretende agotar el tema, sino simplemente hacerlo volver a entrar en circulación. Habrá textos y autores que no pudieron ser tratados en los ensayos aquí presentes.

Nuestras disculpas anticipadas a los poetas y estudiosos correspondientes. Confiamos, sin embargo, que este paso editorial motive nuevas revisiones y más amplias coberturas a fin de que la crítica sobre poesía alcance de alguna manera las virtudes y dinamismo que el objeto de estudio ha venido mostrando adelantadamente.

Cambridge, Massachusetts, agosto del 2003.

NOTAS

* Se ordenan los nombres de los co-editores siguiendo el criterio alfabético recomendado por la Modern Languages Association of America.

1. Sin duda que el libro de mayor impacto internacional que aborda el proceso de la actual globalización es *Empire* de Michael Hardt y Antonio Negri. Para éstos, lo que el proceso globalizador implicaría es una nueva estructura global de dominio basada en la decadencia y crisis de poder de los estados-nación. Este nuevo eje global de autoridad y soberanía no tendría un centro reconocible de articulación y adquiriría la forma de un “imperio” sin localización ni territorialidad. A éste se opondría la figura de “la multitud” como una masa en rebeldía que desborda las viejas fronteras de representación (naciones y partidos).

En los círculos del pensamiento crítico latinoamericano, el concepto de globalización (para algunos, más bien, una “norteamericanización”) ha generado bastante resistencia, producto de que las categorías de “imperio” y “multitud” –en sus dimensiones abstractas y desterritorializadas– no hacen sino velar por las especificaciones geopolíticas y sociohistóricas de la dominación dentro del área, reforzando las agendas económicas, políticas y sociales del gran capital. Una réplica bastante fuerte a la lectura de Hardt y Negri se puede encontrar en *Imperio Imperialismo* de Atilio A. Borón, texto que se inscribe dentro una tradición anticapitalista y anti-imperialista de pensamiento. A partir de este prisma ideológico, Borón critica el empeño teórico de Hardt y Negri en cuanto arrancarían de un marco teórico vinculado a un “saber convencional del neoliberalismo que exalta la globalización y ‘naturaliza’ al capitalismo” (135-36).

Otra vertiente de reflexión latinoamericana sobre el actual proceso globalizador, muy diferente al enfoque de Borón y más cercana a los planteamientos de un Arjun Appadurai en el contexto internacional, la ofrece el libro *La globalización imaginada* de Néstor García Canclini, para el cual la globalización se entiende como “un conjunto de estrategias para realizar la hegemonía” del gran capital pero “es también el horizonte imaginado por sujetos colectivos e individuales, o sea por gobiernos y empresas de los países dependientes, por realizadores de cine y televisión, artistas e intelectuales, a fin de reinsertar sus productos en mercados más amplios” (31-32).

2. Este corte cronológico es simplemente operativo y podría abarcar fechas anteriores y posteriores, según los o las poetas. Tampoco se sugiere aquí que no

coexistieran otras poéticas y estilos durante los mismos años. Sin embargo, basta recordar la mayor circulación y consagración de autores dentro de esa veta (por nombrar unos pocos, Cardenal, Parra, Fernández Retamar, Lihn, Pacheco, Cisneros, Hinojosa, Dalton, Noguera, etc.) para comprender sus alcances y consecuencias (o rechazos) entre autores más recientes, surgidos en su mayoría al compás de la neoliberalización de los mercados latinoamericanos desde fines de los 70 y las dos décadas siguientes. Tampoco se ignora el uso de registros lingüísticos populares en el costumbrismo, el postmodernismo hispanoamericano y las vanguardias, aunque en el conversacionalismo, el exteriorismo y la antipoesía desde fines de los 50 ese registro se vuelve elemento central y está directamente vinculado al “británico modo” de la poesía en inglés a partir de los imaginistas. Contribuye también rechazo a la solemnidad verbal, es decir, el uso de una norma “culto” o impostada (el “vosotros” en Neruda y Vallejo, por ejemplo), el alejamiento de la experiencia cotidiana y social (como en Lezama), etc.

3. Véanse los artículos de Enrique Dussel y Walter Dignolo, citados en la Bibliografía, los cuales ofrecen interesantes (aunque discutibles) puntos de vista sobre el curso histórico-cultural de las oleadas globalizadoras frente a los procesos expansivos de la modernidad eurocéntrica y sus configuraciones de lo civilizatorio y lo universal, lo colonial y lo imperial. Asimismo, resulta muy útil el ensayo de John Coatsworth sobre los ciclos de globalización en América Latina, estrenados con la invasión europea del XVI y su escandalosa disminución de la población indígena, el crecimiento de la forzada inmigración africana durante el XVIII, las nuevas oleadas migratorias europeas y asiáticas durante fines del XIX, y el cuarto ciclo, que sería el de las últimas dos décadas del XX y su flujo continuo de masas migratorias desde el sur hacia las antiguas y nuevas metrópolis imperiales (es decir, Europa y los EE.UU.), paralelo al de la entrada triunfal del capital transnacional, el deterioro y desmantelamiento de las políticas locales nacionalistas y proteccionistas (es decir, de los estados-nación), y el reino simbólico de las nuevas tecnologías mediáticas.
4. A este respecto, el capítulo 2 de *Modernity at Large* de Arjun Appadurai ofrece una interesante conceptualización de lo que él denomina “cinco dimensiones de los flujos culturales globales” (*ethnoscapes, mediascapes, technoscapes, finanscapes* e *ideoscapes*) y que, a su juicio, darían cuenta de los rasgos centrales que configurarían la globalización a fines del siglo XX, los cuales, *grosso modo*, son los que arriba hemos descrito.
5. Pensemos en la hegemonía flamante del imperio norteamericano sobre la región, en la Gran Depresión del 29, en las importantes conquistas de la reforma universitaria y la jornada de las ocho horas, etc.
6. Sin duda que el momento de las vanguardias poéticas en América Latina reactiva cuestionamientos claves en relación a las interacciones de centros y periferias y, para el caso que nos interesa, anticipa los contradictorios cruces de lo local y lo global que hoy experimentamos. Como apunta Eduardo Milán, en su reflexión sobre la poesía latinoamericana del siglo XX, “el descentramiento que produjo la vanguardia en las artes coincidió con una realidad descentrada que, en lo que respecta a la poesía, resulta una confirmación: la toma de conciencia de que nuestra poesía es, en realidad, descentra-

da respecto de cualquier hegemonía” y que “más que como una clara, reflexiva y asumida posición poética” se constituiría “como una verdadera condición de sobrevivencia” (XIX). Es en estos términos que las vanguardias poéticas latinoamericanas anticipan signos contemporáneos de pregunta e inestabilidad. De la antología de Milán en sí misma, preferimos no opinar. Una crítica frontal se encuentra en Mendiola (ver nuestra Bibliografía).

7. La expresión concentrada de este paradigma se registrará en la denominada “poesía de compromiso”, de enorme vigor en las décadas a que hacemos referencia. A fines de los 70 y principios del 80, un referente emblemático de esta tradición lo constituiría *Poesía trunca*, antología editada por Mario Benedetti y publicada por primera vez en La Habana, Cuba, en 1977. Al reeditarse en España por Visor (en 1979 y en 1980) y circular en Latinoamérica, obviamente su contexto de resonancia era el clima político y social creado por el auge sandinista en Nicaragua y la experiencia de resistencia a las dictaduras militares en el Cono Sur. En un cauce similar, aunque con menor impacto, cabría mencionar las antologías *La novísima poesía latinoamericana* (1980), por Jorge Boccanera, y *Poesía rebelde en Latinoamérica* (1978), por el mismo Boccanera en colaboración con Saúl Ibargoyen Islas. A manera de complemento crítico sobre este período, y para un panorama general sobre la poética coloquial hispanoamericana, ver el libro de Alemany Bay.
8. Para una distinción entre antipoesía y conversacionalismo, ver el aún indispensable texto crítico de Fernández Retamar. Asimismo, es conveniente remitirnos a la ya advertida pretensión de representación y alcance social en ensayos como el de Pedro Lastra sobre el “traspaso” de la palabra poética a voces populares. La experiencia no es nueva y tiene importantes antecedentes en Salomón de la Selva y Salvador Novo en los años 20 y 30, como bien anotó José Emilio Pacheco en su “Nota sobre la otra vanguardia”.
9. La noción de “fraternidad universal” que Paz advierte en la poesía a fines de los 80 evoca una lectura ya establecida por éste mismo en torno al modernismo hispanoamericano, en el que también hallará una lógica universal de correspondencia e identidad. Lo que subyace en ello es su asociación de poesía a pensamiento analógico, dotada de similar trascendencia ayer –a fines del siglo XIX– y entonces –fines del XX–. Se puede confirmar esto comparando las frases arriba citadas de *La otra voz* con lo que escribe en *Cuadri-vio*, a propósito del modernismo: “el movimiento de los hispanoamericanos simultáneamente fue una reacción contra la vaguedad y facilidad de los románticos y nuestro verdadero romanticismo: el universo es un sistema de correspondencias, regido por el ritmo” (Paz 28). Lo que parece cuestionable aquí es su reiteración reificada de un mismo paradigma de identidad y correspondencia universal, aún en las circunstancias de fines del siglo veinte, sin tener en consideración los sacudones del suelo mismo de la lógica de representación e identidad en este nuevo escenario.
10. El ciclo de los años 20 a fines de los 40 ha posibilitado estudios de carácter canónico, como *Fundadores de la nueva poesía latinoamericana* del crítico y poeta Saúl Yurkiévich, cuyo panteón de figuras da cuenta de la estabilidad de ciertos referentes: precisamente, los grandes nombres de Vallejo, Huidobro, Borges, Gironde, Neruda, Paz y Lezama Lima.
11. Ernesto Lumbreras, en el ensayo que cierra la antología que co-editara con

Eduardo Milán (consignada en nuestra Bibliografía), provee un recuento del “carácter protagónico de lo individual en la escritura poética” a partir de títulos de libros publicados entre los 60 y los 80 por parte de poetas tales como Antonio Cisneros (Perú), Luis Rogelio Nogerías (Cuba), Rodolfo Hinostroza (Perú), Eduardo Mitre (Bolivia), Luis Alberto Crespo (Venezuela), José Luis Rivas (México) y Raúl Zurita (Chile). Esta particularización de las producciones poéticas se hace también patente al leer los textos reunidos por Julio Ortega en su *Antología de la poesía latinoamericana del siglo XXI*; en su “Prólogo,” el mismo Ortega señala que “estos poetas no requieren ya adherirse a un solo modelo de lectura, a una estética dominante, y mucho menos a una opción monológica excluyente” (17). En el mismo sentido, es sintomático que un libro como *Medusario: Muestra de poesía latinoamericana*, concebido y editado por Roberto Echavarrén, José Kozér y Jacobo Sefamí, renuncie a la configuración representacional de la antología y proponga “una muestra”. En su “Prólogo,” Roberto Echavarrén se desmarca de lo que sería “la ambición enciclopédica” o el “panorama comprensivo” de la empresa antológica y subraya el hecho que una muestra comportaría “el interés impune de ser reemplazable por la siguiente en una serie”. Más aún, para el poeta y crítico uruguayo, en el tramado de la muestra, “el conjunto dialoga entre opciones que se recombinan o apartan” y “se confirma un ‘aire del tiempo’ en el juego de las diferencias” (Echavarrén *et al.* 11). En tal dimensión, lo que nos sugiere este planteamiento no-antológico es que la heterogeneidad e inestabilidad de la representación, que pudiera pensarse como desventaja, instala una cierta ventaja epistemológica: la de acentuar localidades y diferencias. También es curioso que desde su voluntad no representativa, la muestra privilegie autores de la veta lezamiana y órfica, que aparecían como relativamente marginales frente a las grandes figuras del conversacionalismo. Ironías de la no representatividad. Para otro tipo de acercamiento, de dimensiones trasatlánticas por su inclusión de la producción peninsular en español, puede verse la reciente antología *Las ínsulas extrañas*, de Eduardo Milán *et al.*

12. Esto se hace más que evidente en el estudio realizado por José Antonio Mazzotti sobre los “flujos” de la producción poética peruana de los 80, donde “las heterotopías cambian [...] profundamente el rostro de los mapas literarios tradicionales al proponer simultaneidades de niveles, posiciones y movimientos que trascienden o desarrollan las retóricas convencionales” y, en este sentido, habría “una dispersión semejante cuantitativamente, pero no en los matices de fondo, a la de los grupos [peruanos] del 70, el 60 y el 50” (175-6).
13. Esta misma pluralización de las miradas críticas desafía también la instalación universalista del canon poético, como ocurre en Paz o Yurkiévich, en quienes poco se exploran las marcas locales de sus “grandes” referentes. No se trata, ciertamente, de deshacerse de dicho canon poético, sino más bien de resituarlo, repensarlo y revalorarlo en la complejidad de sus localizaciones, en términos estéticos, culturales, generico-sexuales, étnicos y sociohistóricos. La tradicional autonomía del lenguaje poético queda, así, profundamente relativizada.
14. La poética de Susan Stewart, poeta y crítica norteamericana contemporánea,

resulta iluminadora para captar ciertas posibilidades específicas para la restitución de sentidos –como sensorialidad– en la sociedad contemporánea. Como ella lo constata, “las esferas completas de la experiencia de los sentidos pudieran perderse para muchos individuos del primer mundo” (332). Sin embargo, en este mismo planteamiento, subyace el presupuesto de que esta pérdida es sobre todo una experiencia primermundista y que todavía “fuera” del capitalismo avanzado –¿el “allá” rural de Sudamérica, África o el Asia?– habría un dominio de lo natural, con lo cual deja abierta la posibilidad a una cierta exotización de lo que no es “primer mundo”. Si hay algo que enseña y demuestra el proceso de la globalización es el hecho de que la oleada expansiva tanto del mercado como de la cultura tecnológica y urbana se ha vuelto omnipresente de un modo universalmente hegemónico; en esos términos, el trastocamiento de “la experiencia de los sentidos” que describe Susan Stewart, no es algo para nada ajeno a aquellos individuos (especialmente urbanos) situados fuera de lo que ella designa como “primer mundo”.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alemaný Bay, Carmen. *Poética coloquial hispanoamericana*. Alicante: Universidad de Alicante, 1997.
- Appadurai, Arjun. *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis, Minnesota: U of Minnesota P, 1996.
- Benedetti, Mario. *Poesía trunca*. 3a. ed. Madrid: Visor, 1979. 2a. ed.: Visor, 1980. 1a. ed.: La Habana: Casa de las Américas, 1977.
- Bocanera, Jorge. *La novísima poesía latinoamericana*. México D.F.: Editores Mexicanos Unidos, 1980.
- Bocanera, Jorge Alejandro, y Saúl Ibargoyen Islas. *Poesía rebelde en Latinoamérica*. México : Editores Mexicanos Unidos, 1978.
- Borón, Atilio A. *Imperio Imperialismo*. Buenos Aires: CLACSO, 2002.
- Coatsworth, John H. “Cycles of Globalization, Economic Growth, and Human Welfare in Latin America”, en *Globalization and the Rural Environment*. Ed. por Otto T. Solbrig, Robert Paarlberg, y Francesco di Castri. Cambridge, MA: David Rockefeller Center for Latin American Studies y Harvard UP, 2001. 23–47.
- Dussel, Enrique. “Beyond Eurocentrism: The World-System and The Limits of Modernity”, en *The Cultures of Globalization*. Eds. Frederic Jameson y Masao Miyoshi. Durham/Londres: Duke UP, 1998.
- Echavarren, Roberto. *Medusario: Muestra de poesía latinoamericana*. Selección y notas de Roberto Echavarren/José Kozer/Jacobo Sefamí. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Fernández Retamar, Roberto. “Antipoesía y poesía conversacional en Hispanoamérica”, en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. 2a. ed. México: Editorial Nuestro Tiempo, 1977. 140–58.
- García Canclini, Néstor. *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- . *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México D.F.: Editorial Grijalbo, 1995.

- Hardt, Michael and Antonio Negri. *Empire*. Cambridge, MA: Harvard UP, 2000.
- Huidobro, Vicente. *Altazor o el viaje en paracaídas*. Madrid: C.I.A.P., 1931.
- Jameson, Fredric. *The Cultural Turn: Selected Writings on the Postmodern, 1983-1998*. Londres: Verso, 1998.
- Jiménez, José Olivio. *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea 1914-1987*. Barcelona: Alianza Editorial, 2001.
- Lastra, Pedro. "Poesía hispanoamericana actual", en *Relecturas hispanoamericanas*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1986.
- Lezama Lima, José. *Muerte de Narciso*. La Habana: Ucar, García y Cía., 1937.
- Lumbreras, Ernesto. "Oráculo y tensión: lectura de la poesía hispanoamericana presente", en *Prístina y última piedra: Antología de la poesía latinoamericana*. Ed. por Eduardo Milán y Ernesto Lumbreras. México D.F.: Editorial Aldus, 1999.
- Mazzotti, José Antonio. *Poéticas del flujo: migración y violencia verbales en el Perú de los 80*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2002.
- Mendiola, Víctor Manuel. "Nueva advertencia al lector". *La Jornada Semanal* (México), Domingo 30 de mayo de 1999.
- Mignolo, Walter. "Globalization, Civilization Processes, and the Relocation of Languages and Cultures", en *The Cultures of Globalization*. Eds. Frederic Jameson y Masao Miyoshi. Durham/Londres: Duke University Press, 1998.
- Milán, Eduardo. "Visión de la poesía latinoamericana actual", en *Prístina y última piedra: Antología de la poesía latinoamericana*. Ed. por Eduardo Milán y Ernesto Lumbreras. México D.F.: Editorial Aldus, 1999.
- . ed. *Las ínsulas extrañas: antología de poesía en lengua española (1950-2000)*. Selección y prólogo de Eduardo Milán et al. Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2002.
- Neruda, Pablo. *Residencia en la tierra (1925-1931)*. Santiago: Editorial Nascimento, 1933.
- . *Residencia en la tierra (1931-1935)*. Madrid: Ediciones del Árbol, 1935.
- Ortega, Julio. *Antología de la poesía latinoamericana del siglo XXI: El turno y la transición*. México D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1997.
- Pacheco, José Emilio. "Nota sobre la otra vanguardia". *Revista Iberoamericana* XLV, 106-7 (Pittsburgh, enero-junio 1979): 327-34.
- Paz, Octavio. *La otra voz: Poesía y fin de siglo*. Barcelona: Seix Barral, 1990.
- . *Cuadrivio*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1965.
- Stewart, Susan. *Poetry and the Fate of the Senses*. Chicago: The U of Chicago P., 2002.
- Vallejo, César. *Trilce*. Lima: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, 1922.
- Yurkiévich, Saúl. *Fundadores de la nueva poesía latinoamericana*. Barcelona: Editorial Edhasa, 2002.

* Se ordenan los nombres de los co-editores siguiendo el criterio alfabético recomendado por la Modern Languages Association of America.

ⁱ Sin duda que el libro de mayor impacto internacional que aborda el proceso de la actual globalización es *Empire* de Michael Hardt y Antonio Negri. Para éstos, lo que el proceso globalizador implicaría es una nueva estructura global de dominio basada en la decadencia y crisis de poder de los estados-nación. Este nuevo eje global de autoridad y soberanía no tendría un centro reconocible de articulación y adquiriría la forma de un “imperio” sin localización ni territorialidad. A éste se opondría la figura de “la multitud” como una masa en rebeldía que desborda las viejas fronteras de representación (naciones y partidos).

1. En los círculos del pensamiento crítico latinoamericano, el concepto de globalización (para algunos, más bien, una “norteamericanización”) ha generado bastante resistencia, producto de que las categorías de “imperio” y “multitud” – en sus dimensiones abstractas y desterritorializadas – no hacen sino velar por las especificaciones geopolíticas y sociohistóricas de la dominación dentro del área, reforzando las agendas económicas, políticas y sociales del gran capital. Una réplica bastante fuerte a la lectura de Hardt y Negri se puede encontrar en *Imperio Imperialismo* de Atilio A. Borón, texto que se inscribe dentro una tradición anticapitalista y anti-imperialista de pensamiento. A partir de este prisma ideológico, Borón critica el empeño teórico de Hardt y Negri en cuanto arrancarían de un marco teórico vinculado a un “saber convencional del neoliberalismo que exalta la globalización y ‘naturaliza’ al capitalismo” (135-36).

Otra vertiente de reflexión latinoamericana sobre el actual proceso globalizador, muy diferente al enfoque de Borón y más cercana a los planteamientos de un Arjun Appadurai en el contexto internacional, la ofrece el libro *La globalización imaginada* de Néstor García Canclini, para el cual la globalización se entiende como “un conjunto de estrategias para realizar la hegemonía” del gran capital pero “es también el horizonte imaginado por sujetos colectivos e individuales, o sea por gobiernos y empresas de los países dependientes, por realizadores de cine y televisión, artistas e intelectuales, a fin de reinsertar sus productos en mercados más amplios” (31-32).

ⁱⁱ Este corte cronológico es simplemente operativo y podría abarcar fechas anteriores y posteriores, según los o las poetas. Tampoco se sugiere aquí que no coexistieran otras poéticas y estilos durante los mismos años. Sin embargo, basta recordar la mayor circulación y consagración de autores dentro de esa veta (por nombrar unos pocos, Cardenal, Parra, Fernández Retamar, Lihn, Pacheco, Cisneros, Hinojosa, Dalton, Noguera, etc.) para comprender sus alcances y consecuencias (o rechazos) entre autores más recientes, surgidos en su mayoría al compás de la neoliberalización de los mercados latinoamericanos desde fines de los 70 y las dos décadas siguientes. Tampoco se ignora el uso de registros lingüísticos populares en el costumbrismo, el postmodernismo hispanoamericano y las vanguardias, aunque en el conversacionalismo, el exteriorismo y la antipoesía desde fines de los 50 ese registro se vuelve elemento central y está directamente vinculado al “británico modo” de la poesía en inglés a partir de los imaginistas. Contribuye también rechazo a la solemnidad verbal, es decir, el uso de una norma “cultura” o impostada (el “vosotros” en Neruda y

Vallejo, por ejemplo), el alejamiento de la experiencia cotidiana y social (como en Lezama), etc.

ⁱⁱⁱ Véanse los artículos de Enrique Dussel y Walter Mignolo, citados en la Bibliografía, los cuales ofrecen interesantes (aunque discutibles) puntos de vista sobre el curso histórico-cultural de las oleadas globalizadoras frente a los procesos expansivos de la modernidad eurocéntrica y sus configuraciones de lo civilizatorio y lo universal, lo colonial y lo imperial. Asimismo, resulta muy útil el ensayo de John Coatsworth sobre los ciclos de globalización en América Latina, estrenados con la invasión europea del XVI y su escandalosa disminución de la población indígena, el crecimiento de la forzada inmigración africana durante el XVIII, las nuevas oleadas migratorias europeas y asiáticas durante fines del XIX, y el cuarto ciclo, que sería el de las últimas dos décadas del XX y su flujo continuo de masas migratorias desde el sur hacia las antiguas y nuevas metrópolis imperiales (es decir, Europa y los EE.UU.), paralelo al de la entrada triunfal del capital transnacional, el deterioro y desmantelamiento de las políticas locales nacionalistas y proteccionistas (es decir, de los estados-nación), y el reino simbólico de las nuevas tecnologías mediáticas.

^{iv} A este respecto, el capítulo 2 de *Modernity at Large* de Arjun Appadurai ofrece una interesante conceptualización de lo que él denomina “cinco dimensiones de los flujos culturales globales” (*ethnoscapes*, *mediascapes*, *technoscapes*, *financescapes* e *ideoscapes*) y que, a su juicio, darían cuenta de los rasgos centrales que configurarían la globalización a fines del siglo XX, los cuales, *grosso modo*, son los que arriba hemos descrito.

^v Pensemos en la hegemonía flamante del imperio norteamericano sobre la región, en la Gran Depresión del 29, en las importantes conquistas de la reforma universitaria y la jornada de las ocho horas, etc.

^{vi} Sin duda que el momento de las vanguardias poéticas en América Latina reactiva cuestionamientos claves en relación a las interacciones de centros y periferias y, para el caso que nos interesa, anticipa los contradictorios cruces de lo local y lo global que hoy experimentamos. Como apunta Eduardo Milán, en su reflexión sobre la poesía latinoamericana del siglo XX, “el descentramiento que produjo la vanguardia en las artes coincidió con una realidad descentrada que, en lo que respecta a la poesía, resulta una confirmación: la toma de conciencia de que nuestra poesía es, en realidad, descentrada respecto de cualquier hegemonía” y que “más que como una clara, reflexiva y asumida posición poética” se constituiría “como una verdadera condición de sobrevivencia” (XIX). Es en estos términos que las vanguardias poéticas latinoamericanas anticipan signos contemporáneos de pregunta e inestabilidad. De la antología de Milán en sí misma, preferimos no opinar. Una crítica frontal se encuentra en Mendiola (ver nuestra Bibliografía).

^{vii} La expresión concentrada de este paradigma se registrará en la denominada “poesía de compromiso”, de enorme vigor en las décadas a que hacemos referencia. A fines de los 70 y principios del 80, un referente emblemático de esta tradición lo constituiría *Poesía trunca*, antología editada por Mario Benedetti y publicada por primera vez en La Habana, Cuba, en 1977. Al reeditarse en España por Visor (en 1979 y en 1980) y circular en Latinoamérica, obviamente su contexto de resonancia era el clima político y social creado por el auge sandinista en Nicaragua y la experiencia de resistencia a las dictaduras militares en el Cono Sur. En un cauce similar, aunque con menor impacto, cabría mencionar las antologías *La novísima poesía latinoamericana* (1980), por

Jorge Boccanera, y *Poesía rebelde en Latinoamérica* (1978), por el mismo Boccanera en colaboración con Saúl Ibergoyen Islas. A manera de complemento crítico sobre este período, y para un panorama general sobre la poética coloquial hispanoamericana, ver el libro de Alemany Bay.

^{viii} Para una distinción entre antipoesía y conversacionalismo, ver el aún indispensable texto crítico de Fernández Retamar. Asimismo, es conveniente remitirnos a la ya advertida pretensión de representación y alcance social en ensayos como el de Pedro Lastra sobre el "traspaso" de la palabra poética a voces populares. La experiencia no es nueva y tiene importantes antecedentes en Salomón de la Selva y Salvador Novo en los años 20 y 30, como bien anotó José Emilio Pacheco en su "Nota sobre la otra vanguardia".

^{ix} La noción de "fraternidad universal" que Paz advierte en la poesía a fines de los 80 evoca una lectura ya establecida por éste mismo en torno al modernismo hispanoamericano, en el que también hallará una lógica universal de correspondencia e identidad. Lo que subyace en ello es su asociación de poesía a pensamiento analógico, dotada de similar trascendencia ayer –a fines del siglo XIX– y entonces –fines del XX–. Se puede confirmar esto comparando las frases arriba citadas de *La otra voz* con lo que escribe en *Cuadrivio*, a propósito del modernismo: "el movimiento de los hispanoamericanos simultáneamente fue una reacción contra la vaguedad y facilidad de los románticos y nuestro verdadero romanticismo: el universo es un sistema de correspondencias, regido por el ritmo" (Paz 28). Lo que parece cuestionable aquí es su reiteración reificada de un mismo paradigma de identidad y correspondencia universal, aún en las circunstancias de fines del siglo veinte, sin tener en consideración los sacudones del suelo mismo de la lógica de representación e identidad en este nuevo escenario.

^x El ciclo de los años 20 a fines de los 40 ha posibilitado estudios de carácter canónico, como *Fundadores de la nueva poesía latinoamericana* del crítico y poeta Saúl Yurkiévich, cuyo panteón de figuras da cuenta de la estabilidad de ciertos referentes: precisamente, los grandes nombres de Vallejo, Huidobro, Borges, Girondo, Neruda, Paz y Lezama Lima.

^{xi} Ernesto Lumbreras, en el ensayo que cierra la antología que co-editara con Eduardo Milan (consignada en nuestra Bibliografía), provee un recuento del "carácter protagónico de lo individual en la escritura poética" a partir de títulos de libros publicados entre los 60 y los 80 por parte de poetas tales como Antonio Cisneros (Perú), Luis Rogelio Nogerás (Cuba), Rodolfo Hinostroza (Perú), Eduardo Mitre (Bolivia), Luis Alberto Crespo (Venezuela), José Luis Rivas (México) y Raúl Zurita (Chile). Esta particularización de las producciones poéticas se hace también patente al leer los textos reunidos por Julio Ortega en su *Antología de la poesía latinoamericana del siglo XXI*; en su "Prólogo," el mismo Ortega señala que "estos poetas no requieren ya adherirse a un solo modelo de lectura, a una estética dominante, y mucho menos a una opción monológica excluyente" (17). En el mismo sentido, es sintomático que un libro como *Medusario: Muestra de poesía latinoamericana*, concebido y editado por Roberto Echavarren, José Kozer y Jacobo Sefamí, renuncie a la configuración representacional de la antología y proponga "una muestra". En su "Prólogo," Roberto Echavarren se desmarca de lo que sería "la ambición enciclopédica" o el "panorama comprensivo" de la empresa antológica y subraya el hecho que una muestra comportaría "el interés impune de ser reemplazable por la siguiente en una serie". Más aún, para el poeta y crítico uruguayo, en el tramado de la

muestra, “el conjunto dialoga entre opciones que se recombinan o apartan” y “se confirma un ‘aire del tiempo’ en el juego de las diferencias” (Echavarren *et al.* 11). En tal dimensión, lo que nos sugiere este planteamiento no-antológico es que la heterogeneidad e inestabilidad de la representación, que pudiera pensarse como desventaja, instala una cierta ventaja epistemológica: la de acentuar localidades y diferencias. También es curioso que desde su voluntad no representativa, la muestra privilegie autores de la veta lezamiana y órfica, que aparecían como relativamente marginales frente a las grandes figuras del conversacionalismo. Ironías de la no representatividad. Para otro tipo de acercamiento, de dimensiones trasatlánticas por su inclusión de la producción peninsular en español, puede verse la reciente antología *Las ínsulas extrañas*, de Eduardo Milán *et al.*

^{xii} Esto se hace más que evidente en el estudio realizado por José Antonio Mazzotti sobre los “flujos” de la producción poética peruana de los 80, donde “las heterotopías cambian [...] profundamente el rostro de los mapas literarios tradicionales al proponer simultaneidades de niveles, posiciones y movimientos que trascienden o desarrollan las retóricas convencionales” y, en este sentido, habría “una dispersión semejante cuantitativamente, pero no en los matices de fondo, a la de los grupos [peruanos] del 70, el 60 y el 50” (175-6).

^{xiii} Esta misma pluralización de las miradas críticas desafía también la instalación universalista del canon poético, como ocurre en Paz o Yurkiévich, en quienes poco se exploran las marcas locales de sus “grandes” referentes. No se trata, ciertamente, de deshacerse de dicho canon poético, sino más bien de resituarlo, repensarlo y revalorarlo en la complejidad de sus localizaciones, en términos estéticos, culturales, generico-sexuales, étnicos y sociohistóricos. La tradicional autonomía del lenguaje poético queda, así, profundamente relativizada.

^{xiv} La poética de Susan Stewart, poeta y crítica norteamericana contemporánea, resulta iluminadora para captar ciertas posibilidades específicas para la restitución de sentidos –como sensorialidad– en la sociedad contemporánea. Como ella lo constata, “las esferas completas de la experiencia de los sentidos pudieran perderse para muchos individuos del primer mundo” (332). Sin embargo, en este mismo planteamiento, subyace el presupuesto de que esta pérdida es sobre todo una experiencia primermundista y que todavía “fuera” del capitalismo avanzado –¿el “allá” rural de Sudamérica, África o el Asia?– habría un dominio de lo natural, con lo cual deja abierta la posibilidad a una cierta exotización de lo que no es “primer mundo”. Si hay algo que enseña y demuestra el proceso de la globalización es el hecho de que la oleada expansiva tanto del mercado como de la cultura tecnológica y urbana se ha vuelto omnipresente de un modo universalmente hegemónico; en esos términos, el trastocamiento de “la experiencia de los sentidos” que describe Susan Stewart, no es algo para nada ajeno a aquellos individuos (especialmente urbanos) situados fuera de lo que ella designa como “primer mundo”.